

Álvarez Gutiérrez, A. L., y Simón Delgado, K. (Eds.). (2024). *Ecos de la revolución, Radicalización, prensa y trayectorias de guerrillas de los setenta en México*. Universidad Iberoamericana. 448 pp.

Ernesto A. Chávez
 Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE)
ernesto.chavez@alumnos.cide.edu

El libro coordinado por Ana Lucía Álvarez Gutiérrez y Kevin Simon Delgado nace del Taller de Historia del Movimiento Armado Socialista en México, un espacio plural (disciplinas, instituciones y niveles) donde convergen voces jóvenes que, aún sin los títulos ya otorgados, cargan con el peso del oficio historiográfico. Esta obra colectiva apuesta, con valentía y frescura, por prescindir de figuras consagradas para abrir camino a quienes apenas se inician: estudiantes de licenciatura, maestría y doctorado que, entre borradores de tesis y primeras investigaciones, comienzan a dialogar con el pasado desde sus propias trincheras. Con autores provenientes de diversas disciplinas y regiones del país, el volumen se erige como un mosaico plural del pensamiento histórico contemporáneo. La estructura del libro se articula en torno a tres ejes temáticos: las subjetividades políticas y procesos de radicalización (eje que agrupa cinco capítulos), las trayectorias de organizaciones político-militares (con tres contribuciones), y finalmente, la relación entre prensa, cine y clandestinidad (también con tres textos), sumando un total de once capítulos que conforman el corpus de la obra.

Así, como si cada capítulo fuera una hebra que entreteje memorias largamente silenciadas, esta obra no sólo busca dar cuenta de experiencias individuales y colectivas, sino también situarse en el presente como una intervención historiográfica comprometida. No es casual, entonces, que el libro haya sido concebido en un momento de reactivación de la memoria pública y la búsqueda de reconocimiento. Conviene señalar, como lo hacen explícitamente los autores desde la introducción, que este volumen fue concebido en paralelo con la conformación de la *Comisión para el Acceso a la Verdad, el Esclarecimiento Histórico y la Justicia por las Violaciones Graves a los Derechos Humanos cometidas entre 1965 y 1990*. Este organismo, creado el 6 de octubre de 2021 por decreto presidencial de Andrés Manuel López Obrador, no posee carácter vinculante en términos legales; su mandato se limita al esclarecimiento histórico. Por lo que se puede

inferir que los autores se introducen como una herramienta más para la colaboración de este esclarecimiento histórico desde el ámbito académico.

Aunque en la introducción se expresa un llamado al reconocimiento de las víctimas y se destaca la originalidad de las fuentes empleadas, la obra adolece de cierta heterogeneidad conceptual y metodológica. En particular, se echa en falta un diálogo más articulado con la historiografía comparada de la región latinoamericana, especialmente con los estudios dedicados a experiencias análogas en el Cono Sur. A pesar de que México no experimentó una dictadura formal durante el periodo en cuestión, comparte con países como Uruguay, Chile y Argentina múltiples elementos estructurales, tanto en la configuración de los movimientos armados como en los mecanismos represivos del Estado. Estos países han generado una extensa producción académica, desde diversas disciplinas, que podría ofrecer no sólo un marco de referencia, sino también un espacio de interlocución crítica para enriquecer los enfoques teórico-metodológicos aplicados al caso mexicano. Asimismo, el libro no establece un contrapunto analítico con la historiografía en lengua inglesa que ha abordado los mismos procesos. Tal es el caso de *México Beyond 1968: Revolutionaries, Radicals, and Repression During the Global Sixties and Subversive Seventies*, editado por Jaime Pensado y Enrique Ochoa y publicado por la University of Arizona en 2018. Esta obra, aunque citada por Cuitláhuac Alfonso Galaviz Miranda en su capítulo “Los primeros años de las brigadas urbanas de la Liga Comunista 23 de septiembre en Sonora (1973–1974): creación, acciones iniciales y dispersión”, no es objeto de debate ni de articulación crítica a lo largo del volumen.

Un ejemplo ilustrativo de esta área de oportunidad se encuentra en el capítulo de Jessica Atziri Estévez Ojendiz, titulado “Del activismo universitario a la guerrilla urbana: Fuerzas Armadas Revolucionarias.” Cabe señalar que, a diferencia del resto de los apartados del volumen, este texto no incluye nota al pie alguna que identifique a la autora, lo que rompe con la consistencia editorial de la obra. El capítulo aborda la transición del movimiento estudiantil hacia la lucha armada, articulada en torno a dos ejes centrales: la defensa de la autonomía universitaria y el intento de derrocamiento del entonces gobernador de Guerrero, el general Raúl Caballero Aburto, señalado como colaborador de las fuerzas armadas.

No obstante, el foco principal recae en la figura del líder estudiantil Carmelo Cortés Castro, quien, tras encabezar una huelga en rechazo a la reelección del rector,

funda las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Esta organización emprendió acciones como secuestros y asaltos con el objetivo de consolidar una guerrilla de orientación urbana, cuyos integrantes serían posteriormente víctimas de desaparición forzada a manos del aparato represivo estatal. A pesar de la relevancia del caso abordado, el capítulo carece de referencias metodológicas y no establece vínculos con estudios sobre la misma temporalidad (ya sea anteriores o posteriores) lo cual restringe una comprensión más amplia del fenómeno analizado. Cabe señalar, además, que si bien algunos de los autores del volumen logran establecer un diálogo fructífero (aunque a veces fragmentario) con la historiografía en lengua inglesa, como *Mexico Beyond 1968*, otros textos permanecen anclados en marcos referenciales más cerrados, sin tender puentes hacia los debates globales o regionales. Esta desigualdad en el grado de interlocución historiográfica reduce en parte el potencial del libro para insertarse plenamente en una conversación académica más amplia, aunque no por ello resta valor a su esfuerzo por recuperar memorias largamente desplazadas.

A lo largo de todo el libro, pese a contar con autores provenientes de diversas instituciones académicas y regiones del país, se evidencia una marcada tendencia a la endogamia intelectual. En cada capítulo, las fuentes utilizadas tienden a concentrarse en la producción documental o académica generada por la propia universidad de afiliación del autor o autora, lo cual limita seriamente el alcance comparativo y la riqueza interpretativa del volumen. Esta falta de diálogo interdisciplinario e interinstitucional se traduce en una fragmentación analítica: los estudios de caso se abordan desde perspectivas particulares, sin establecer conexiones ni tensiones teóricas entre ellos. Así, se pierde la oportunidad de identificar patrones comunes, procesos estructurales compartidos o divergencias significativas entre los distintos movimientos y contextos tratados. De igual forma, la ausencia de referencias a experiencias análogas en otras latitudes impide articular una lectura más robusta y transnacional de los fenómenos abordados.

Otro aspecto digno de mención es la condición anómala del libro dentro del catálogo editorial de la Universidad Iberoamericana, institución que acoge su publicación. Sorprendentemente, a lo largo del volumen sólo se identifican dos referencias a fuentes secundarias provenientes de esta casa de estudios, lo que resulta notable si se considera que la editorial universitaria suele vehicular investigaciones vinculadas a sus propias

líneas de producción académica. Incluso el capítulo firmado por Ana Lucía Álvarez Gutiérrez, titulado “*Las raíces católicas de Ignacio Salas Obregón, líder de la LC23S,*” (un tema que, por su carga simbólica y religiosa, podría considerarse particularmente pertinente para una universidad de tradición jesuita) apenas hace referencias al acervo intelectual de la institución. Es posible suponer que, como doctoranda de esta universidad, la autora busca cubrir una laguna temática dentro del propio espacio académico al que pertenece. En este sentido, la publicación de esta obra en una universidad que históricamente ha prestado escasa atención a los estudios sobre movimientos armados y violencia política en México resulta, cuando menos, particular.

Uno de los grandes ausentes en las fuentes secundarias utilizadas a lo largo del volumen es la obra de Eric Zolov, cuya trayectoria lo ha consolidado como una referencia obligada —ya sea para adoptarla o para someterla a crítica— en los estudios recientes sobre los movimientos sociales y culturales en México durante el siglo XX. Si bien se cita *México Beyond 1968*, obra que aplica de manera explícita la propuesta teórico-metodológica de Zolov en torno al concepto de los *Global Sixties*, ningún capítulo se refiere a su influyente libro de 2012, *Rebeldes con causa: la contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*. Esta omisión resulta significativa, dado que el enfoque de los *Global Sixties* se ha convertido en un marco analítico central para comprender los procesos de radicalización juvenil, las insurgencias culturales y la circulación transnacional de ideas contestatarias durante la segunda mitad del siglo XX. Por ello, si el colectivo de autores decidió conscientemente prescindir de este marco interpretativo, habría sido deseable explicitar esa elección mediante una crítica argumentada, que justificara por qué dicha herramienta teórica no resulta adecuada o pertinente para los casos analizados en este libro. En su ausencia, el vacío se percibe más como una omisión involuntaria que como una toma de posición teórica deliberada.

El capítulo de Christian Ricardo García Martínez, titulado “*La estrategia obrera de la Liga Comunista 23 de septiembre (1975–1978),*” representa un ejercicio riguroso en el uso conceptual y metodológico. A través de notas al pie, el autor define con claridad los términos clave que estructuran su análisis; destaca, en particular, su definición de “estrategia” como una forma de planificación de acciones, formulada sin apoyo en citas directas, pero con notable precisión. En este marco, García Martínez interpreta al periódico *Madera* no como un simple espacio de socialización o vehículo de prestigio,

sino como una herramienta de divulgación política y un mecanismo activo de resistencia. Este enfoque le permite centrar su atención en la construcción de redes de militantes y simpatizantes encargados de su distribución, así como en los esfuerzos por ampliar su alcance.

El análisis se sustenta principalmente en dos cuerpos documentales: el propio periódico y los archivos de la Dirección Federal de Seguridad, que permiten una historización crítica del proceso. Al considerar *Madera* como una estrategia política en sí misma, el autor establece un diálogo fructífero con referentes clave de la historiografía latinoamericana, en particular con la obra de Aldo Marchesi, *Geografías de la protesta armada: Nueva Izquierda y latinoamericanismo del Cono Sur* (2009), así como con *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años setenta a la caída del muro* (2019). Sin embargo, a pesar del sólido tratamiento de las redes de distribución y de las acciones contrainsurgentes —incluida la especialización represiva de la policía política—, el capítulo dedica escasa atención al proceso material de impresión clandestina del periódico, un aspecto que habría enriquecido la dimensión material del análisis y su relación con las condiciones logísticas de la lucha armada.

El capítulo de Stephanie Yamile González González, titulado “*Madera, periódico clandestino analizado desde el leninismo y su producción material por el Comité de Impresión de la Liga Comunista 23 de septiembre en la Zona Metropolitana (1973–1975)*,” se beneficiaría notablemente de ser puesto en diálogo con herramientas conceptuales provenientes de la historia intelectual, para un intercambio con la llamada historia presente. En particular aquellos instrumentos asociados al giro material. En este sentido, la obra de Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* (2020), ofrece un marco analítico idóneo para enriquecer la comprensión del periódico *Madera* más allá de su contenido ideológico.

El giro material ha supuesto una transformación sustancial en el campo de la historia intelectual, al desplazar el foco del texto como entidad autosuficiente hacia las condiciones materiales que posibilitan su existencia: la producción gráfica, la circulación de los impresos, su recepción social y su dimensión física como objeto. Aplicado al estudio de revistas y periódicos culturales latinoamericanos, este enfoque permite abordarlos no sólo como vehículos de ideas, sino como artefactos culturales complejos,

dotados de una estructura visual, una lógica editorial, redes de producción (editores, impresores, diseñadores) y canales específicos de distribución (kioscos, suscripciones, intercambios militantes). En este marco, *Madera* puede ser interpretado no sólo como un medio de propaganda política, sino como una plataforma de intervención cultural, política e intelectual, cuya materialidad —incluido su proceso clandestino de impresión— forma parte constitutiva de su significado y eficacia histórica. Integrar estas perspectivas permitiría articular una lectura más rica, situada y crítica del impreso como objeto revolucionario.

Una de las limitaciones más notorias del volumen es la ausencia de una contextualización nacional o transnacional que permita situar los casos analizados dentro de un marco más amplio. Ninguno de los capítulos establece conexiones explícitas entre los distintos movimientos armados abordados, ni se discute la posible inexistencia de vínculos entre ellos, lo que habría requerido al menos una reflexión metodológica o historiográfica sobre esa fragmentación. Esta omisión impide observar continuidades, patrones compartidos o divergencias significativas entre los actores insurgentes del periodo, tanto en el plano interno como en relación con dinámicas regionales.

No obstante, cabe destacar la presencia de referencias relevantes para el estudio de este tipo de fenómenos, particularmente la obra de Aldo Marchesi, quien ha sido citado por Cuitláhuac Galaviz y también por Francisco Robles Gil Martínez del Río en su capítulo “*Masiosare un extraño enemigo: El guerrillero, ese otro que adolece.*” La incorporación de esta bibliografía constituye un aporte significativo al diálogo con la historiografía latinoamericana reciente sobre insurgencia, subjetividad y violencia política. Sin embargo, su uso no se traduce en una reflexión de conjunto que articule los casos desde una perspectiva regional o comparada, lo que limita el alcance interpretativo del libro como obra colectiva.

Ecos de la revolución constituye una aportación relevante y valiosa, en primer lugar, por la recuperación de experiencias históricas escasamente abordadas hasta ahora en la historiografía mexicana. Esta labor se ve fortalecida por el uso de entrevistas inéditas realizadas por los propios autores, como es el caso de los textos de Ana Lucía Álvarez, Kevin Simón Delgado, Uriel Velázquez Vidal, Cuitláhuac Galaviz y Christian García. El volumen destaca, además, por su empeño en construir un espacio de trabajo colaborativo y horizontal, integrando a investigadores de distintos niveles de formación académica, y

por su decisión editorial de dar visibilidad a voces emergentes, incluidas aquellas de autores que aún no han concluido sus estudios de licenciatura. Este gesto es, sin duda, loable y necesario en un campo académico que muchas veces margina las propuestas que provienen de fuera de los círculos consolidados de producción historiográfica.

Varios capítulos dan muestras de una intención clara por dialogar con la historiografía latinoamericana, especialmente con los estudios del Cono Sur sobre insurgencia, violencia política y nuevas izquierdas. No obstante, en muchos casos dicho diálogo es apenas esbozado o citado de manera tangencial, sin que se aproveche plenamente el potencial analítico que estas referencias ofrecen. De hecho, numerosos autores podrían beneficiarse de una interlocución más profunda y sostenida con los aportes surgidos en contextos como Argentina, Chile o Uruguay, donde los estudios sobre memorias militantes y represión estatal han alcanzado un desarrollo significativo. Esta interacción desigual contribuye a la percepción de una obra heterogénea en términos metodológicos y teóricos.

Si bien tal disparidad podría considerarse una debilidad, también resulta comprensible frente a los desafíos que implica coordinar a once autores con trayectorias, filiaciones institucionales y marcos disciplinares diversos. En este sentido, el volumen puede percibirse como ecléctico en cuanto a las líneas de discusión que plantea, oscilando entre distintos enfoques, escalas y metodologías. Más que una síntesis cerrada, el libro debe leerse como una plataforma inaugural: una intervención colectiva que, desde sus múltiples entradas, abre caminos y ofrece claves para futuras investigaciones de carácter comparado.

Finalmente, son los textos de Stephanie González y Jessica Estévez los que destacan por la originalidad en el uso de fuentes y por su potencial para abrir nuevos campos de estudio. No obstante, como advierte Alejandro Estrella, “un buen trabajo empírico debe contar con una buena reflexión teórica. Sin una teoría que nos permita construir los hechos, nos vemos abocados a un empirismo ciego que debe contentarse con la ilusión de describir el mundo, a costa de explicarlo.” Esta reflexión resuena en el conjunto del volumen, donde el sólido trabajo empírico podría haberse beneficiado de una articulación teórica más robusta que permitiera proyectar los hallazgos hacia horizontes interpretativos de mayor densidad crítica.

Resulta especialmente destacable el carácter horizontal del proceso de elaboración de este libro, así como la cooperación interinstitucional y la participación de autores en distintos niveles de formación académica. Esta dinámica colaborativa no sólo responde a una necesidad imperante en la generación de conocimiento nuevo, sino que también evidencia el compromiso colectivo con una producción historiográfica más inclusiva y diversa. No debe subestimarse la complejidad que implica coordinar a once autores provenientes de distintas disciplinas, universidades y trayectorias, cuyos enfoques teóricos y metodológicos necesariamente difieren. Pese a ello, el volumen logra articularse como una intervención significativa en un campo aún escasamente explorado por la historiografía mexicana: el estudio del movimiento armado socialista en el país. En comparación con las investigaciones desarrolladas en el Cono Sur, donde este tipo de temáticas cuentan con una tradición consolidada y una producción abundante, México se encuentra en una etapa aún incipiente. En este sentido, la obra representa un avance sustantivo y una contribución necesaria, no sólo por los casos que documenta, sino por la orientación crítica que propone. Ofrece así claves valiosas para investigaciones futuras, que puedan superar el excepcionalismo metodológico que ha caracterizado en buena medida a la historiografía mexicana sobre este periodo, y que ha tendido a considerar a México como objeto de estudio diferente por el hecho de no haber atravesado una dictadura formal. Este volumen, por tanto, traza una senda que permite insertar al país en un marco interpretativo más amplio y comparado, donde la violencia estatal, la insurgencia y la memoria puedan ser pensadas en clave regional y global.